

vece cada día más, sin esperanza de que se haya de aplacar mientras vivieren los que la fomentan y destruyen aquel reino ¿qué maravilla sería que la paciencia se convirtiese en desesperación, y el sufrimiento en furor, y que no solamente los verdaderos católicos (que son muchos), pero aún los otros que con el corazón lo son (aunque exteriormente obedezcan á las leyes del reino), y los deudos y amigos dellos, por más que sean herejes, como sean hombres y allegados á razon, sientan mal de la sinrazon que se hace, y de la fiereza y crueldad con que cada día son despedazados y muertos sus deudos y amigos? Siempre fué cosa peligrosa el apretar mucho á los súbditos. Muchas veces leemos que la violencia ha turbado y aún perdido los reinos, y que por el rigor demasiado del Príncipe se le han atrevido los vasallos fieles y obedientes, y perdido el respeto, le han quitado la obediencia y aún la vida. Pues si con la aflicción de los católicos se junta la apretura de los herejes de todo el reino, y el yugo intolerable que les impone la severidad deste edicto, ¿qué se puede esperar ó qué se puede temer? Considérenlo bien los autores del edicto; que más vale que ellos lo consideren que no que yo lo diga, y que se acuerden que no hay hoy nación en el mundo que haya pasado más mudanzas en el gobierno que la suya, y que comunmente han nacido en castigo del menosprecio de la religion, como se ve por lo que Gildas el sabio y el venerable Beda escriben, y han notado otros prudentes y curiosos historiadores de las cosas de Inglaterra.

CAPÍTULO XXVIII.

Por qué se publican estos edictos, siendo tan falsos y perjudiciales.

¿Preguntará por ventura alguno qué es la causa por que, siendo verdad lo que hemos dicho, salgan edictos tan terribles y atroces, y llenos de tantas falsedades y repugnancias, de una reina que, como mujer, es, de su condicion, más amiga de paz que de guerra, y de regalos y entretenimiento más que de tormentos y muertes, especialmente viendo el yugo intolerable que echa á todo su reino, el peligro que dello á su vida y estado le puede venir? Con mucha razon, por cierto, se puede hacer esta pregunta; mas para responder bien á ella es menester declarar primero el estado presente de Inglaterra, y en cuyas manos está el gobierno, y quién son los pilotos que rigen esta nave con su autoridad y consejo; porque el gobierno de cualquier reino depende de los principales consejeros y ministros del Rey, y cuáles ellos son, tal es el gobierno, é importa tanto que los consejeros sean los que deben ser, que en ninguna cosa debe el Rey poner mayor vigilancia y cuidado que en escoger las personas á quien ha de tener cabe sí para crearlas y fiarles los negocios del reino; porque si acierta en esto, acierta mucho, y si yerra, es error sin remedio y universal. Hombres sabios hubo que pusieron en duda cuál es mejor ó ménos mal: que el Rey sea

bueno y los consejeros malos, ó al revés, buenos los consejeros y malo el Rey; porque, si el Rey sigue el consejo de los buenos consejeros, con él se reportará, por más mal inclinado que sea, y no hará agravios y desafueros; pero por más bien intencionado que él sea, por más que desee acertar, si se fia de hombres ambiciosos, interesados y apasionados, ellos, por guiar el agua á su molino, le pintarán las cosas con tales colores, y las vestirán con un hábito tan honesto de justicia, piedad y utilidad, que, por más injustas, dañosas y abominables que sean, el Rey las abraza y las ordene, y no sienta el daño hasta que por su misma autoridad no pueda volver atrás. Y muchas veces acontece que los mismos malos consejeros, por llevar la suya adelante, y no parecer que se engañaron en lo que una vez aconsejaron al Príncipe, inventan cada día nuevos enredos y nuevos embustes, y los representan y persuaden á su señor, como cosas de grande importancia para su servicio y bien del reino. Esto todo se puede ver en esta nuestra historia, y probarse con los ejemplos del cardenal Volseo, de Cromwel y otros que dejó por decir, lo que toca á los edictos y al estado presente de aquel reino. Tomó por principales ministros Isabel, en el principio de su reinado, algunos hombres bajos, codiciosos, herejes calvinistas, que le persuadieron que para establecer su reino mudase la religion católica y no reconociese á la Sede Apostólica. Hizolo así y entrególes el reino; y ellos, como hombres de bajo suelo, han dado tras toda la nobleza del reino, como herejes calvinistas, y por el odio que tienen á la religion católica, y por la crueldad que les es tan natural (aunque cubierta con una falsa máscara de mansedumbre), han procurado desarraigar nuestra santa fe de todo aquel reino, y hartarse de sangre de católicos, y como avaros y codiciosos, enriquecerse con las haciendas y despojos de tanta gente principal, inocente y rica, los cuales, con título de traidores, han afligido y perseguido. Éstos, pues, para llevar adelante su empresa, y solos ser reyes y tener paz en su reino, con la turbación y guerra de los ajenos, han sido autores de los agravios y injurias que la Reina ha hecho á los otros reyes sus vecinos, y de los robos, insultos é incendios que se han cometido en tantas y tan diferentes partes. Éstos son los que por medio de los corsarios, sus amigos y paniaguados, han infestado la mar y enriquecido con nuestros despojos, y con la parte que llevan dellos, y con los presentes y dones que los mismos corsarios les dan de lo que han robado, por tenerlos propicios y favorables. Éstos son los que, siendo ántes pobres, viles y apenas conocidos, con el mando y favor que tienen, han amontonado grandes tesoros y comprado muy gruesas rentas, edificado suntuosos palacios y héchose señores de título. Y no contentándose aún con todo esto (porque la codicia no tiene tasa ni término), ni viéndose hartos de lo que no puede dar hartura, buscan nuevas minas y nuevos caminos para tener más. Y como, por ser herejes, juzgan que los cató-

licos son indignos de la vida y de la hacienda, procuran quitárselas; la una, para que no les sea estorbo en lo que pretenden, que es perpetuar su abominable secta en Inglaterra, y la otra, para enriquecerse ellos con ella. Y porque no pueden hacer esto sin gran ofension, no dando alguna justa ó aparente causa, y la de la religion (que para ellos es la más principal), algunos herejes más blandos no la aprueban ni la tienen por bastante, han inventado y fingido otra de rebeliones y conjuraciones contra la vida de la Reina, para poner en necesidad á la misma Reina de servirse dellos y sustentarlos en sus cargos, y para destruir y asolar todo aquel reino. Y para que tenga alguna color y apariencia de verdad lo que mienten, publican que los sacerdotes y católicos tienen sus inteligencias con el Papa y con el Rey Católico, y que por su mandado van á Inglaterra, para que, ganando ellos los ánimos y deponiendo las voluntades de los súbditos de la Reina, sean mejor recibidos los ejércitos y armadas que se aprestan contra aquel reino. Ésta es la origen y fuente desta mentira, ésta es la raíz desta maldad, éste es el hilo por donde se ha de sacar este ovillo, éste la urdiembre de todo este artificio. De aquí salen los agravios contra el Rey Católico, los desatinos contra el sumo Pontífice, las violencias y tiranías contra los sacerdotes de Dios, y los edictos tan necios y desbaratados como éste, para dar color á la mentira y engañar al pobre pueblo de Inglaterra, y sacarle las entrañas con nuevos servicios, imposiciones y tributos, de los cuales siempre llevan su parte (y no es la menor) los ministros de la Reina, y para hacer sus mangas, le aconsejan y procuran que publique tan detestables edictos; y ella, como mujer que es, amiga de placer y de reinar, y que se ve ya puesta en estrecho tan peligroso, y metida en una corriente tan arrebatada y alterada, con el sentimiento de tantos y tan poderosos príncipes, deja gobernar á los que tomó por pilotos de su nave cuando en ella se embarcó.

CAPÍTULO XXIX.

Lo que deben considerar los autores de esta persecucion.

Pero yo ruego afectuosamente á los autores de los edictos que se acuerden que son hombres y cristianos, y que se precien de cuerdos y prudentes; porque, siendo hombres, no se desnuden de la humanidad y se vistan de la crueldad, que es propia de las bestias fieras. Acuérdense que los sacerdotes y católicos, cuya sangre derraman, también son hombres y cristianos como ellos, y que son sus naturales y conterráneos, y muchos deudos y parientes. Y pues la misma naturaleza enseña aún á los animales más feroces á no hacer mal á los otros animales de su misma especie, ¿por qué ellos, siendo hombres, se olvidan que lo son y hacen carnicería de los otros hombres sus hermanos? Y pues son cristianos, acuérdense de la mansedumbre y benignidad que Cristo nos enseñó con sus obras y palabras, y que no quiso que su Evangelio se predicase ni platicase en el mundo por fuerza de armas, ni

con rigor y aspereza, sino con suavidad y blandura, y con la sangre de los mismos que le predicaban, para que testificasen que era verdad lo que predicaban, pues por ella daban la vida, y saquen desto, y de la paciencia, sufrimiento y alegría que tienen los que en Inglaterra mueren por la fe católica, que ella es la verdadera y la que nos enseñaron los santos apóstoles, pues se riega con sangre de los que la enseñan, como con sangre se plantó. Y que no pueden ser humanas ni fingidas las virtudes tan heroicas y sublimes que resplandecen con tanta luz y claridad en los tormentos tan exquisitos y muertes tan atroces de tantos siervos de Dios, sino que el mismo Dios se las da y los esfuerza para que mueran por la verdad; y sus perseguidores son sayones, verdugos y tiranos, é imitadores de los Nerones, Dioclecianos, Maximinos y otros príncipes cruelesísimos, que hicieron contra los cristianos lo que ellos ahora hacen contra los católicos aún con más rigor. Y porque (como dije) se precian de cuerdos y prudentes, yo les pido que consideren cuántos años há que comenzaron á perseguir á los católicos de Inglaterra, y afligir á los sacerdotes de los seminarios y á los jesuitas; las diligencias que han usado para prenderlos, los exámenes con que los han apretado despues de presos, las calumnias y traiciones que les han impuesto, los suplicios y muertes que les han dado. Y finalmente, que no han dejado cosa de cuantas han podido imaginar, ó para espantarlos y divertirlos que no entrasen en Inglaterra, ó para acabar los que ya hubiesen entrado. Pues ¿qué es lo que han aprovechado en tantos años, con tantas leyes acerbadas y edictos rigurosos, con las cárceles, con las cadenas y prisiones, con los tormentos, con la desnudez, con la hambre, con la ignominia y falsa infamia, y con todas las otras armas que han tomado y usado, por medio de tantos y tan impios y solícitos y crueles ministros como tienen por todo el reino, para descoyuntar con penas atroces y matar con muertes horribles á estos sacerdotes y siervos del Señor? ¿Hase acabado la fe católica en Inglaterra por estos embustes y violencias? ¿Hase acabado la raíz que la sustenta? ¿Han dejado por ventura de entrar estos jesuitas y seminaristas en vuestro reino, y de predicar y convertir almas para con Dios, atemorizados destes vuestros edictos y penas? No, por cierto; ántes vosotros mismos confesais en este vuestro edicto que han entrado más sacerdotes en Inglaterra en breve tiempo, que habian entrado ántes en muchos años. Pues ¿qué es esto? ¿No veis aquí expresamente la mano de Dios? ¿No veis aquí que él pelea en los católicos contra vosotros? ¿No veis que la sangre que de católicos derramais es semilla de católicos, y que por uno que matais da Dios vida á mil herejes, que se convierten á la fe católica, por ver la constancia y seguridad con que ellos mueren, y la impiedad y crueldad vuestra, con que les dais la muerte? Y juzgad que éstas son pruebas ciertas y argumentos indubitables de ser verdadera aquella religion que obra tales y tan

grandes efectos. Porque, si esto no fuese así, ¿cómo podrian tantos mozos delicados, ricos y tiernos, desear tanto la muerte, que hace temer y temblar á los hombres robustos y valientes? ¿Cómo podrian tener esfuerzo y alegría en lo que los esforzados se congojan y se enflaquecen? ¿Cómo á porfía procurarian volver á Inglaterra, y entrar en el coso para ser garrochados de innumerables alguaciles y ministros herejes, si el Señor con su espíritu no los moviese y guiase y esforzase, como lo hizo con los otros mártires que murieron por esta misma fe y santa religion? Pues si Dios pelea en ellos, ¿pensais vosotros poderlos vencer? Si Dios los envia, ¿pensais poderles estorbar la entrada? Si Dios los multiplica, ¿pensais los vosotros agotar? Si Dios los esfuerza, ¿pensais los vosotros quitarles el ánimo, y que desmayarán por vuestras leyes y tormentos? Considerad que los gigantes comenzaron la torre de Babilonia (1), mas no la pudieron acabar, y que Dios dispuso é hizo vano el consejo de Achitofel, de suerte que él mismo se ahorcó (2), y que Heródes no pudo salir con el suyo, aunque mató á los inocentes, ni los judíos que crucificaron al Señor (3) excusaron la calamidad de su ciudad y de su templo, como pretendian, con la muerte de Cristo, y que el impio apóstata Juliano (4) al cabo conoció que no podia contrastar contra Dios, y dijo: *Vicisti, Galilee*; Vencido has, Galileo (que así llamaba por desprecio á Cristo, nuestro redentor), Porque, como dice el Sabio (5), no hay sapiencia, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor. Y es cosa dura y sin fruto tirar coeces contra el aguijon, como lo probó Saulo (6) ántes que se convirtiese, y ántes que él, el rey Faraon, el cual, cuanto más procuraba de extinguir el pueblo de Israel, tanto Dios le favorecia y multiplicaba más, y al cabo de tantos prodigios, milagros y plagas, con destruccion suya y de su reino, le libró; porque, como dice Job: *Quis restitit ei, et pacem habuit?* Cuando se comenzó el seminario de Duay, le pretendistes arruinar y no pudistes. Trasplantóse á Rems, en Francia, y tomastes todos los medios posibles para deshacerle, y no solamente no salistes con ello, pero por ejemplo dél se hizo el de Roma. Cuando vistes estos dos castillos levantados contra vuestra perfidia y furor, asestastes todas vuestras máquinas contra ellos, y de vuestros combates y asaltos resultó el fundarse el tercero seminario en Valladolid. Con la nueva dél os embravecistes y perdistes el juicio, publicando un edicto tan atroz como falso contra todos los seminarios y los sacerdotes que salen dellos, y ejecutando las penas del edicto con extremada fiereza y crueldad. Lo que habeis ganado es, que por vuestro mismo edicto se entienda por toda Inglaterra, y particularmente

(1) Gen., xix.

(2) Reg., xvii.

(3) Math., ii.

(4) Theodor., lib. iii, cap. xx.

(5) Prov., xxi.

(6) Act., ix.

en sus universidades, que fuera della hay seminarios para criar ingleses católicos, y que hayan salido tantos y tan buenos estudiantes, mozos hábiles y virtuosos, á buscarlos, que no cabiendo ya en los tres seminarios de Rems, Roma y Valladolid, se ha comenzado el cuarto en Sevilla para acogerlos y sustentarlos, y tras éste hará Dios otros, si fueren menester; porque el consejo de su divina Majestad no puede ser vencido, como dijo Gamaliel. Traed á la memoria los ejemplos de todos los otros tiranos y perseguidores de la Iglesia, y acordados de sus desastrosos fines, y de las victorias, triunfos y coronas que Dios finalmente dió á los que murieron por él, y que hoy dia todos los católicos los honramos y reverenciamos, estando la memoria de los que los martirizaron, ó muerta y sepultada en perpétuo olvido, ó viva con eterna ignominia, y ardiendo sus desventuradas ánimas en el infierno. Y tened por cierto que lo mismo os acontecerá á vosotros, y que por el mismo camino que tomáis para atormentar, matar y infamar por traidores á estos siervos del Señor, el mismo Señor los honra más y hace gloriosos por todo el mundo. Y yo he visto la imagen del bienaventurado padre Edmundo Campiano, de la Compañía de Jesus, al cual vosotros con tanta rabia despedazasteis en Lóndres por la fe católica, hecha sutilisimamente de pluma en las Indias; al mismo padre Campiano, atado y estirado y desmembrado con vuestras ruedas, al tiempo que le atormentábades; siendo en aquellas partes (como lo es en éstas) tenido y reverenciado por mártir de Jesucristo, y los que le atormentaron, odiados, aborrecidos y escupidos como tiranos y enemigos de Dios y de su Iglesia, sin haber sido parte vuestros falsos edictos y pregones para quitarle esta gloria, y para hacerle traidor contra vuestra reina y vuestro reino. Y si los ejemplos antiguos de los otros tiranos no os espantan y ponen freno, á lo ménos los modernos y frescos, y de vuestros mismos compañeros, os deberían avisar y reportar. ¿Dónde está Bacon? ¿dónde Walsingham? ¿dónde el Conde de Lecestré, Ruberto Dudley? ¿dónde Hatton, chanciller del reino? Todos son muertos y acabados, y algunos dellos con muertes horribles y espantosas, las cuales vosotros con mucha razon podeis temer. Pues volveos á Dios (7), no seais tan crudos contra sus siervos; mirad que teniéndolos por enemigos, y tratándolos como tales, sois ocasion que sean honrados y reverenciados; mitigad ó revocad vuestros edictos; imitad á los perseguidores antiguos de la iglesia, que viendo que perdian tiempo, y que con sus persecuciones ellos crecian, deshicieron las leyes que habian hecho contra ella. El emperador Trajano mitigó la persecucion contra los cristianos, por aviso de Plinio. Adriano, su sucesor, escribió en su favor á Minucio Fundano, procónsul, y les dió para su habitacion á Jerusalem. Antonio Pio los encomendó á los pueblos de Asia, confesando que ado-

(7) Plin., lib. x, epist.; Mart. Justin. Apolon. y Niceph., lib. ix, cap. xxvii; Euseb., lib. iv, cap. v; Dion., Casen., Adria., Justin., *ibi*, y Xiphilino.

aban á un Dios inmortal (1). Marco Antonio no quiso que ninguno por ser cristiano fuese acusado. Galieno vedó que no fuesen perseguidos. Y finalmente, por no alargarme, Maximino, con haber sido una fiera espantosa contra los cristianos, y haber hecho edictos rigurosísimos contra ellos, y leyes cortadas en metal para que fuesen perpétuas, las revocó, entendiendo que no aprovechaba nada ni podia contrastar contra Dios.

CAPÍTULO XXX.

Lo que debe animar á los sacerdotes de los seminarios y otros católicos en esta conquista.

Mas porque temo que mis palabras no serán oídas de los que están obstinados y empedernidos en su ceguedad; dejándolos á ellos, me vuelvo á vosotros, hermanos y padres carísimos de la Compañía de Jesus, y á los colegiales y sacerdotes de los seminarios, que el Señor ha escogido por soldados y capitanes suyos para tan gloriosa conquista. Y puesto caso que yo quisiera más ser vuestro compañero en el trabajo y en el peligro, en vuestras peleas y en vuestras coronas; pero, ya que no merezco tan dichosa suerte, holgarme he á lo ménos de vuestro bien, acompañaros he con el corazon y hallarme he presente en vuestras batallas. No teneis necesidad que yo os anime, pues el Señor es vuestra guía y vuestro esfuerzo; mas para animarme á mí, y consolarme con la memoria deste tan estimable beneficio que de la mano del Señor habeis recibido, os ruego y exhorto que le tengais continuamente muy vivo en la memoria, y le pondereis y estimeis en lo que es razon, y afectuosamente le abraceis y agradezcáis. Acordaos siempre que estando vuestro reino en Inglaterra debajo de una noche profunda y tenebrosa, como otro Egipto (2), el Señor ha enviado en vuestros corazones, como en la tierra de Jesen, su claridad y su luz. Considerad con atencion á cuán alta dignidad os ha llamado, pues os ha hecho guías de los descañados, maestros de los ciegos, dispensadores de sus sacramentos, predicadores de su fe y verdad, soldados, capitanes suyos, para una empresa tan admirable y divina como la que teneis entre las manos. Aparejad pues el corazon con oraciones, penitencias y buenas obras, y particularmente con un ardiente deseo y celo de la gloria deste gran Señor y de la salud de vuestros hermanos, y disponeos y armaos con el escudo de la fe y con la celada de la salud, y con la espada de dos filos de la palabra de Dios, para entrar en esta batalla; no desconfieis por ser vosotros tan pocos y el ejército de vuestros enemigos innumerable, ni desmayeis por ser vosotros flacos, pobres y desvalidos, y ellos fuertes y poderosos, y armados de poder y maldad. Acordaos que el Señor es muy celoso de su gloria, y que para que el hombre no la usurpe y la tome para sí, muchas veces la vitoria que no quiere dar

(1) De sus edictos consta. Euseb., lib. vii, capítulos xvi y xxii; Euseb., lib. ix, capítulos vii y ix.

(2) Exod., x.

á los ejércitos grandes y poderosos, la da á gente flaca y civil, y por esto quiso que Abrahan (3) con solos los criados de su casa desbaratase el campo vitorioso de cuatro reyes, y que Jonatas con un solo paje de lanza (4) pusiese terror en el ejército de los filisteos, y que solos los lacayos ó pajes de los príncipes venciesen las huestes innumerables de Benadab y de los treinta y dos reyes (5) que le acompañaban, y que con la quijada de un jumento matase Sanson mil de los enemigos (6), y David con la honda al soberbio y armado gigante (7), y el profeta Elías solo, cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y una mujer á Sisara (8), capitán general de Iabin, rey de Canaan, y finalmente la santa Judit á Holofernes (9), cargado de vino y de sueño y de orgullo, y que destruyese todo el poder de los asiros. Traed á la memoria la historia de Gedeon (10), cuando Dios le envió contra los ejércitos tan grandes de Madian, que parecian una infinidad de langostas, que no quiso que llevase más de trescientos soldados, para que no pensase el pueblo de Israel que habia alcanzado la vitoria por sus fuerzas y valor. Y confiad en el Señor, que á trescientos de vosotros que andan hoy en Inglaterra les dará la vitoria muy cumplida de todos sus enemigos; con que, como los otros trescientos soldados de Gedeon, lleven consigo las trompetas de la verdadera y sonora doctrina, y las lámparas encendidas de caridad, y no teman quebrar las vasijas de barro, que son sus cuerpos, y dar sus vidas peleando por el Señor. Tampoco os espante la braveza y furor de vuestros enemigos, ni los tormentos tan horribles que os tienen aparejados, porque el Señor os libraré dellos, como libró á Daniel (11) del lago de los leones, y á los tres bienaventurados mozos, sus compañeros, del horno de Babilonia (12), y á Jonas del vientre de la ballena (13); y cuando fuere servido que padezcáis, os dará fuerzas para padecer, y entre las penas estaréis más fuertes que vuestras penas, y encarcelados, más libres que vuestros carceleros, y caidos, más levantados que los que están en pié, y atados, más sueltos que los que os ataren, y juzgados, más altos que los que dieren la sentencia contra vosotros. Vuestras heridas serán rosas y flores, y la sangre que de vuestro cuerpo corriere, será púrpura real; despedazado vuestro cuerpo, estará entero el espíritu, y consumidas las carnes, no se menoscabará vuestra virtud; desfallecerá la sustancia, mas perseverará la paciencia, y vuestra muerte será para Dios un gratisimo sacrificio. El glorioso mártir

(3) Gen., xiv.

(4) I, Reg., iv.

(5) III, Reg., x.

(6) Jud., xv.

(7) I, Reg., xxviii.

(8) Jud., iv.

(9) Jud., ix.

(10) Jud., vii.

(11) Dan., vi.

(12) Dan., iii.

(13) Jon., iii.

san Cipriano, esforzando á unos santos obispos y sacerdotes y á otros muchos, que estaban presos en la cárcel por Cristo, dice estas palabras:

«Prendieron vuestros piés con cadenas y ataron con prisiones infames los miembros dichosos y templos de Dios, como si con el cuerpo se pudiese prender el espíritu, ó vuestro oro precioso se pudiese inficionar con el tocamiento del hierro. Para los hombres consagrados á Dios, y que con religiosa virtud testifican su fe, no son estas prisiones sino ornamentos, ni atan los piés de los cristianos para la infamia, sino glorificanlos para la corona. ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales no serán desatados por el carcelero, sino por Cristo! ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales por el camino de la salud van derechos para el paraíso! ¡Oh piés atados por un poco de tiempo en el siglo, para que siempre estén libres en compañía de Cristo! ¡Oh piés detenidos con grillos y con la ira del adversario, los cuales con gran ligereza han de correr por un camino glorioso á Cristo! Detenga la crueldad y malignidad del adversario, presos vuestros cuerpos; mas vosotros muy presto volaréis destas penas de la tierra al reino del cielo. No está regalado vuestro cuerpo con cama blanda, mas está regalado con el refrigerio y consolacion del Espíritu Santo; los miembros, cansados con los trabajos, tienen por cama la tierra; mas no es pena dormir y reposar con Cristo. Están vuestros cuerpos afeados y descoloridos y cubiertos de polvo; mas lo que de fuera ensucia el cuerpo, espiritualmente lava y purifica el ánima. Es pequeña la ración de pan que ahí os dan; mas no vive el hombre con solo pan, sino con la palabra de Dios. Fáltaos la vestidura en tiempo del frío; mas el que haya vestido á Cristo abundantemente está abrigado y adornado. Están erizados los cabellos de la cabeza medio trasquilada; mas como sea Cristo la cabeza del hombre, de cualquier manera que ella esté, por la gloria dél está muy hermosa. Esta fealdad y escuridad para los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será recompensada? Esta pena breve del siglo, ¿con cuán esclarecida y eterna gloria será remunerada, cuando el Señor (según dice el Apóstol) (1) reformará el cuerpo de nuestra humildad, y lo hiciere semejante al cuerpo de su claridad?»

Todas éstas son palabras de san Cipriano (2), traducidas de latin en nuestra lengua castellana por el padre fray Luis de Granada, en las cuales se ve el espíritu deste glorioso santo, y la bienaventurada suerte de los que padecen y mueren por Cristo. Y con mucha razon; porque ¿qué mayor felicidad puede haber que morir por aquel Señor que murió por nosotros, y pasar tormentos por el que así fué atormentado por nosotros, y la muerte que debemos á la naturaleza, ofrecerla en sacrificio al Autor de la vida? ¿Qué mayor felicidad que comprar cielo y vida perdurable con la vida

(1) Phil., iii.

(2) Part. II del *Gahe.*, cap. xxvi.

frágil y momentánea, la cual, que queramos, que no, en un soplo se ha de acabar? ¿Qué mayor felicidad que ser de aquella capitania y de aquel fortísimo esquadron de gloriosísimos mártires que hermocean y enriquecen el cielo? ¿Cuántos criados y siervos padecen por sus amos y señores, y mueren por otros hombres como ellos, que no se lo han de agradecer, ni pueden pagar? ¿Cuántos soldados se entran por las picas y por las bocas de fuego y de la artillería por servir á sus reyes y ganar nombre de valientes y esforzados? ¿Cuántos padecen de sus enemigos ó por sus delitos, tantos y tan ásperos y aún más atroces tormentos que nuestros dichosos mártires de Inglaterra, por el Señor? ¿Cuántos enfermos llevan con paciencia sus largas y terribles dolencias, y muchas veces dolores más agudos, por cobrar la salud, que no saben si cobrarán, ni lo que, si la cobraren, les ha de durar, por ser tan frágil y quebradiza? Pues ¡oh soldados de Cristo! ¡oh siervos fieles del Señor! no os espanten los tormentos, que, si son ligeros, se pueden llevar, y si son recios, no pueden durar. Ésta es vuestra empresa, ésta vuestra guerra, ésta vuestra conquista. Aquí hay batallas, hay peleas, hay heridas; pero tambien hay victorias, coronas y triunfos, aunque con muy gran desigualdad; porque los combates son breves y ligeros, y los premios y coronas inmortales.

CAPÍTULO XXXI.

Prosigue el capítulo pasado, y decláranse en particular tres causas que pueden animar más á los mártires.

Tres cosas, entre otras, os deben esforzar en esta guerra. La primera, la causa que defendeis. La segunda, el modo con que padecéis. La tercera, la esperanza cierta de la vitoria. La primera pues es la causa, la cual, y no la pena, hace al que padece mártir; porque no habeis de volver á Inglaterra (3) ni trabajar en ella para revolver aquel reino y turbarle, y quitar la vida á la Reina, y ocuparos en el gobierno temporal, como lo publican vuestros enemigos; porque no son tan bajos vuestros pensamientos, ni conviene que les deis á ellos ocasion justa para calumniaros; sino para volver por la honra de Dios, para defender la paz y unidad de la Iglesia, para salvar vuestras ánimas y las de vuestros padres, deudos y amigos, para conservar la dignidad del sacerdocio de Cristo, la majestad del eterno y santo sacrificio de la misa y de los otros sacramentos, la verdad incorrupta y sin mancha de aquella doctrina que Dios ha depositado en su Iglesia, el sentido puro y verdadero de las sagradas letras, como las han declarado e interpretado los santos doctores; para no perder aquella herencia que por medio de los santos Gregorio, papa, y Agustino, apóstoles de vuestra patria, recibieron y guardaron y os dejaron vuestros padres. Si morir por el menor artículo de nuestra santa fe, si dar la vida por la menor verdad de

(3) Aug., cap. lxxi.

nuestra santa religion, por la defensa de un sacramento, ó por una palabra de la ley de Dios, ó por la salvacion de un ánima, es cosa gloriosísima, ¿qué será morir por tantos artículos, por tantas y tan importantes verdades, por tantos sacramentos, por toda la ley de Dios y por la salvacion de las ánimas de todo un reino? San Juan Bautista estimó tanto el predicar la verdad y el reprender la dishonestidad de Heródes, que dió la cabeza por ello (1). San Mateo quiso ántes morir que aconsejar á Efigenia que se casase, porque habia hecho voto de virginidad. San Pedro y san Pablo no dudaron de apartar de la torpe conversacion de Neron algunas amigas suyas, y de convertirlas á nuestra santa y purísima religion, por lo cual, y por otras causas, enojado él, les quitó la vida. Y por hablar de Inglaterra, el fortísimo mártir santo Tomas, y primado de aquel reino, ¿no dió la sangre por la libertad de la Iglesia? El obispo Rofense y Tomas Moro, que fueron la gloria de Inglaterra y ornamento de nuestro siglo, y otros muchos religiosos, doctores, sacerdotes y legos, ¿no escogieron ántes los crudos tormentos y muertes afrentosas, que aprobar el monstruoso casamiento del rey Enrique? Pues ¿cuánto mayores y más importantes son las cosas que ahora se tratan? ¿Cuánto más va en lo que ahora se enseña y predica en Inglaterra, que en suma es el evangelio de Calvino, impio, sucio, cruel, diabólico y fuego infernal, para abrasar aquel reino y toda la cristiandad; el cual vosotros, favorecidos del Señor, habeis de procurar apagar, aunque sea con rios de vuestra sangre, pues há muchos siglos que ningunos mártires tuvieron más honesta y divina ocasion para derramar la suya, que la que ahora vosotros tenéis?

La segunda cosa que os ha de animar para entrar en esta batalla con gran denuedo y confianza, es el modo que agora se usa en Inglaterra para perseguir á los católicos y arrancar de raíz, si pudiesen, de aquel reino nuestra santa religion; porque, como en esta nuestra historia queda declarado (2), no se trata el negocio de la religion en ella por vía de insultos, tumultos ó ruido y sedicion popular, sino por vía de tribunales y juicios, y con una apariencia y representacion de falsa justicia. En los siglos pasados, leemos que los arrianos y los donatistas y circunceliones, herejes, algunas veces en Italia y en África tumultuaron, y armados de impiedad y furor, dieron de repente sobre los católicos y los mataron. En nuestros dias sabemos que en Francia, en Celandia y Holanda los calvinistas (que son la quinta esencia de la herejía y tizonas del infierno) con mayor rabia y fiereza hicieron carnicería de innumerables católicos, religiosos, sacerdotes y personas eclesiásticas y seglares, hombres y mujeres, sin prececer acusacion ni proceso, ni darles tiempo para volver por

(1) De san Ambrosio lo trae César Baronio, en la primera parte de sus *Annales*.

(2) Lib. 4.

si ni para descargarse, ni aún para resollar. Porque bastaba saber que eran católicos, para acabarlos cruelísimamente, en odio de la religion católica, que ellos tanto persiguen y aborrecen. Y aunque los que así murieron, no les negamos el nombre y honra de mártires, porque la causa de su muerte fué la fe católica; pero todavía es más ilustre y más perfecto género de martirio el que se alcanza en Inglaterra, donde hay cárceles y prisiones, tormentos y penas; donde hay exámen riguroso y preguntas y respuestas sobre si es sacerdote, si dijo misa, si confesó, si absolvió, si reconcilió, si cree la suprema potestad del Papa, si confiesa que la Reina es cabeza de la Iglesia; donde los deudos y amigos con ruegos pretenden ablandar, y los jueces algunas veces engañar con falsas esperanzas, y otras espantan con amenazas y descoyuntan con tormentos; donde con prometer de ir á las iglesias de los herejes, ó pedir perdon á la Reina, se remite la pena y se ofrece la libertad y la vida y grandes premios aún á los que están ya al pié de la horca, y otras cosas semejantes, que muestran ser más voluntario vuestro martirio y mayor vuestra constancia, y que con maduro juicio y deliberacion confesais delante de los hombres al Señor y moris por su verdad, sin que ninguna cosa de las que en esta vida suelen turbar y trocar los corazones sea parte para alterar y pervertir el vuestro, ni apartarle de su loable firmeza y santa constancia. Y digo que este modo os ha de mover á seguir con mayor ánimo esta empresa, porque (como dije) por él se alcanza un linaje de martirio más perfecto y más semejante al de nuestros antiguos y bienaventurados mártires, y más glorioso para Dios, y de más merecimiento y honra para los que así mueren, y de mayor edificacion para toda la Iglesia católica, y ejemplo y provecho de los fieles y aún de los mismos herejes, que no pocas veces se convierten, y despues mueren por la misma fe, porque vieron morir por ella con tanta fortaleza y mansedumbre á los católicos.

Pues ¿qué diré de la seguridad y certidumbre que tenemos de la vitoria? Los soldados, por muchos y valientes que sean, cuando dan un asalto á alguna ciudad ó entran en alguna batalla, siempre pueden estar con recelo y dudar si vencerán ó serán vencidos, por ser varios y no pensados los sucesos de las guerras. Mas en esta nuestra espiritual guerra y conquista estamos ciertos de la victoria, no solamente porque sabemos que si no morimos en ella, vencemos, y si morimos, vencemos mucho más; pero porque somos ciertos que ninguna crueldad de tiranos, ni malicia de herejes, ni furor de perseguidores, ni las mismas puertas y todo el poder del infierno podrán jamas prevalecer contra aquella Iglesia y fe que está fundada sobre la piedra y confesion de san Pedro, como nos lo dijo y prometió el Señor (3), y que todas las ondas y tempestades que se levanten contra esta

(3) Math., xxvi.

fuerte roca, por bravas y horribles que sean, se han de quebrar y deshacer, quedando ella siempre firme y entera. ¿Cuántas persecuciones ha padecido hasta ahora la Iglesia católica, de judíos, de gentiles, de moros, de emperadores romanos, de reyes bárbaros, de godos, vándalos, hunos, longobardos, de herejes novacianos, arrianos, donatistas, eutiquianos, iconoclastas, alligenses, husitas, calvinistas y de otras innumerables sectas de perdición? Son tantas, que no se pueden contar, y tan extrañas, que apenas se pueden creer. Todas las ha vencido la verdad, de todas ha triunfado la Iglesia, y regada con la sangre de sus fuertes defensores, siempre ha crecido; porque cuantos más dellos morían, más nacían y se multiplicaban para su defensa. Sería nunca acabar si quisiésemos explicar estas victorias y triunfos de la Iglesia católica como conviene, y declarar por menudo la impiedad y crudeza de los tiranos, la terribilidad de los tormentos, la paciencia y constancia admirable de los mártires, y el fin glorioso que tuvieron, y la victoria y paz que con estas tan continuas y sangrientas guerras alcanzó siempre la fe católica, por virtud y gracia de Cristo, nuestro redentor. Solamente quiero referir lo que de una destas persecuciones escribe Severo Sulpicio, el cual, hablando de la persecución de Diocleciano y Maximiano, que fué terribilísima, dice estas palabras (1):

«En este tiempo casi todo el mundo fué regado con la sagrada sangre de los mártires, porque á porfía corrian todos á estos gloriosos combates, y con mayor estudio se buscaba entónces el martirio por medio de la muerte gloriosa, que agora con repreñible ambición se apetece y negocian los obispos. Con ningunas guerras jamas el mundo quedó tan vacío de gente, ni jamas vencimos con mayor triunfo, como cuando con las ruinas y estragos de diez años no podíamos ser vencidos.» Y así dijo gravemente Tertuliano (2), hablando con los gentiles: *Plures efficitur, quoties metimur à vobis, semen est sanguis christianorum.* Y san Jerónimo (3): *Persecutionibus Ecclesia crevit, martiris coronata est.* Y Prudencio á este mismo propósito dijo: *Nec furor quisque sine laude nostrum cessit, aut clari vacuus cruroris martirum semper numerus, sub omni grandine crescit.* De manera que, como escribe san Agustín (4), los mismos príncipes deste siglo, que solían perseguir á los cristianos por amor de sus falsos dioses, vencidos ya y rendidos á los mismos cristianos, que no les resistían, sino morían, volvieron la hoja, y hicieron leyes y emplearon su poder contra los ídolos por los cuales ántes mataban á los cristianos, y la cumbre altísima del imperio romano, quitando de su cabeza la imperial diadema, se humilló y postró delante del sepulcro de Pedro pescador. Pues ¿qué diré de los herejes,

(1) Lib. II *Sacræ Historia.*

(2) *In Apolog.*

(3) Hiero., *Epis. ad Teofil. adversus errores*; Joan. Hierosolim., *hlm. IV, in Cæsa martires.*

(4) *Epist. XXIV.*

que con igual crueldad y mayor peligro han perseguido la Iglesia? Han sido siempre tan ilustres las victorias que Dios ha dado á la Iglesia católica contra los herejes, sus enemigos, que aunque no hubiese otro testimonio para conocer que ella sola es la legítima esposa y querida del Señor, y que todas las otras religiones son falsas sectas y ramerías y mancebas de Satanás, este solo argumento bastaría para evidencia desta verdad. Y por no alargarme, sola la herejía de Arrio es suficientísima prueba de ser la Iglesia católica invencible y inexpugnable; porque lo que enseñaba, era que el Hijo de Dios no era consustancial al Padre, que es decir que no era igual al Padre ni verdadero Dios, sino criatura; con lo cual derribaba el fundamento de toda la religion cristiana. Los que enseñaban esta falsedad eran muchos filósofos y hombres letrados y de sutil y agudo ingenio; entre ellos, muchos obispos y pastores y maestros de los demas; los que la defendían eran los emperadores y príncipes y señores del mundo, y defendíanla con toda la braveza y fiereza que se puede imaginar, persiguiendo, atormentando y con muertes exquisitas acabando y consumiendo á todos los católicos que podían, á los sacerdotes y prelados y doctores de la Iglesia católica, sin perdonar á hombre ni mujer, á viejo ni á niño, á pobre ni á rico, á doncella ni á casada. Las provincias que inficionó, y en las cuales se extendió, fueron muchas, en Oriente y Poniente, al Septentrion y al Mediodía. El tiempo que duró aquella pestilencia fué muy largo, pero al fin tuvo fin y se acabó, quedando la verdad vencedora, y la santa Iglesia triunfando de sus enemigos, á los cuales el Señor castigó de tal manera, que Arrio, inventor y maestro de aquella blasfemia, murió repentinamente, echando las entrañas, y Constancio y Valante, emperadores, y Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, y Hunerico, rey de los vándalos en Africa (que fueron los más señalados tiranos que la defendieron y con mayor saña y furor persiguieron á los católicos), tuvieron desdichados y tristes fines. Por esto el glorioso padre san Agustín, declarando aquellas palabras del salmo LVII: «Ellos se aniquilarán y pasarán, como el agua que corre»; dice: «Hermanos míos, no os espanten las aguas de los arroyos, porque, aunque á tiempo corren y hacen ruido, presto se acaban y no pueden durar mucho. Muchas herejías son muertas; corrieron por sus arroyos cuanto pudieron; corrieron y secáronse los arroyos, y agora apenas se halla la memoria dellas y se sabe que haya sido.» Y en otro lugar (5): «Ésta es la Iglesia santa, Iglesia una, Iglesia verdadera, Iglesia católica, que pelea contra todas las herejías; bien puede pelear, pero jamas podrá ser vencida. Todas las herejías han salido della, como sarmientos inútiles, cortados de la vid, y ella siempre queda firme en su raíz, porque las puertas del infierno no la podrán vencer.» Esto hará el Señor

(5) Lib. I, *De simbol.*, cap. 7.

CAPÍTULO XXXII.

Por qué Dios permite esta tan grande persecucion contra los católicos en Inglaterra.

Para conclusion de lo que á esta historia del cisma del reino de Inglaterra habemos añadido, nos resta declarar lo que se nos ofrece acerca desta tan extraña persecucion que el Señor, con su inefable y secreta providencia, permite en aquel reino; porque temo que la gente comun y popular, y áun algunos hombres prudentes de la prudencia deste siglo, mirando con los ojos de carne lo que agora pasa en Inglaterra, y el poder que Dios da á sus enemigos, y la tiranía con que ellos usan dél, quizá se escandalizarán y dirán que Dios desampara su causa, y que no vuelve por su honra y por la de sus fieles siervos, ó á lo ménos que podrán con razon preguntar qué sea la causa desto. A esta duda y pregunta quiero yo responder aquí, y satisfacer, con el favor del Señor, á los que desta obra tan suya se maravillan. Y porque en el libro (1) que estos años escribimos de la *Tribulacion* tratamos copiosamente desta materia, y declaramos por qué Dios permite las herejías y que los herejes ó infieles prevalezcan algunas veces contra los católicos y fieles, y desenvolvemos otras dudas tocantes á esto, remitiendo el lector á aquel lugar, sólo hablaremos en éste de la persecucion particular de Inglaterra.

Digo, pues, que á mi pobre y flaco juicio, en esta tormenta tan espantosa que padecen los católicos de Inglaterra resplandece sobremanera el poder y la misericordia de Dios, que es el patron y piloto desta barca de su Iglesia, y el que la rige con el gobernalle de su paternal providencia, y por tan terribles tempestades la hace llegar al seguro y deseado puerto de la bienaventurada eternidad. Porque, como él en todas sus obras pretende su gloria y nuestro provecho, estas dos cosas juntas se hallan más aventajadamente en esta persecucion de Inglaterra que en ninguna prosperidad se pudieran hallar. Porque ¿qué mayor servicio puede hacer el hombre á Dios que dar la vida por él? Y ¿qué cosa más honrosa y más provechosa puede haber para el mismo hombre, que morir por aquel Señor que murió por él? En las batallas y victorias de los santos mártires, la gloria de Dios y la utilidad de los mismos mártires están tan asidas y trabadas, que á la medida que crece la una, crece la otra, y de la mayor honra del Señor se sigue mayor honra y corona para el mártir. Y como el Señor es tan celoso de su honra y tan amigo de nuestro bien, no es maravilla que permita estas peleas, de las cuales él ha de ser tan glorificado, y los hombres tan aprovechados; porque, como gravemente dijo Séneca, los hombres gustan de ver lidiar á otro hombre con un toro ó con otra fiera, y Dios

(1) Libro II.

(como esperamos) en esta persecucion de Inglaterra, si no desconfiamos, si tenemos fuerte, y (oh padres y hermanos amantísimos en Jesucristo) esforzados con su divino espíritu y promesa, peleamos valerosamente. Y en esto no hay que poner duda, porque el mismo Señor nos lo ha prometido y la experiencia nos lo enseña, y lo que fué será, y nuestros mismos perseguidores con sus edictos lo confirman, y nos dan á entender que temen y que yavan de vencida, y que con toda su artificiosa crueldad y industria no han podido espantar á nuestros esforzados soldados, ántes que han entrado en mayor número en Inglaterra en pocos meses que habian entrado en muchos años atras. Pues si nuestros enemigos temen y tiemblan, ¿qué tenemos nosotros que temer, ó por qué no debemos confiar en aquel gloriosísimo Capitan General y Señor nuestro, que nos dice: *In mundo presuram habetis, sed confidite, quia ego vici mundum?* Éste es el que ha vencido en su Iglesia á los tiranos, á los reyes y emperadores y monarcas del mundo. Éste es el que ha derribado á los piés de su esposa á los herejes y á los dogmatizadores y maestros infernales, que la querian afejar y inficionar. Éste es el que pelea ahora con nosotros y por nosotros; y teniéndole al lado, ¿podemos temer? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* No se puede dudar de la victoria con tal guía, con tal escudo, con tal valedor. De nuestra parte pelea la verdad contra la mentira, la fe contra la infidelidad, la religion contra la impiedad, la justicia contra la injusticia, la paciencia contra la crueldad, la Iglesia de Dios contra la sinagoga de Satanás. Por nosotros está el Evangelio de Jesucristo, fundado en su cruz, regado con la sangre de tantos y tan gloriosos mártires, confirmado con innumerables milagros, declarado por tantos y tan santos y sabios doctores, y obedecido y reverenciado sin interrupcion, por espacio de mil y seiscientos años, de todo el mundo. Santo en la doctrina que enseña, fuerte y eficaz para trocar y convertir las ánimas, uno en todos lugares, tiempos, naciones, las cuales, con ser tantas y tan distantes, están con el vínculo y fudo deste evangelio atadas entre sí y unidas á su cabeza visible, que es el Pontífice romano, esclarecido con la lumbre de la profecía, honrador de los que le abrazan y obedecen, y castigador y destruidor y triunfador de todos sus enemigos. Por nosotros están el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad y favor del Espíritu Santo, y todas aquellas bienaventuradas jerarquías de ángeles y escuadrones de santos que hay en el cielo, y particularmente de los que en Inglaterra vivieron ó murieron por esta misma fe que ahora nosotros defendemos contra el evangelio de Calvino, que se plantó con incesto (como habemos dicho), y se riega con sangre, no de los que le predicaban, sino de los que le impugnan, y se sustenta con tiranía y bárbara crueldad.